

La formación de investigadores jóvenes

Ovide Menin

Universidad Nacional de Rosario
e-mail: omenin@agatha.unr.edu.ar

Resumen

En este trabajo se plantea la cuestión a cerca de la formación de los investigadores jóvenes. Algunos interrogantes se presentan como insoslayables a la hora de abordar tal problemática: ¿qué significa investigar para un joven graduado en la Argentina de hoy? ¿Cómo hacerlo? ¿Con quién hacerlo? Se proponen tres modelos de formación en investigación, el artesanal, el autodidáctico y el académico formal.

¿Hay posibilidad de “construir” una alternativa superadora que, al integrar elementos vigentes de los modelos indicados, contribuya a formar en mejores condiciones a los jóvenes que se inician en la investigación científica?

Abstract

In this paper, we analyze the problem of young researchers academical background.

By the time of making an approach to this topic, some questions seem to be unavoidable: “What does “research” mean to a young argentinian graduated, nowadays?; “How do they research?”; “Who do they choose to direct them?”

Three academical background profiles in research are provided: the “handiwork”, the “autodidact”, and the “formal academic” ones.

We wonder if there is any possibility of building a surpassing alternative which could be able to integrate the valid elements of each mentioned profile, in order to contribute to the development of better conditions of academical background for the young researchers about to begin with scientific research.

I

La formación de los investigadores jóvenes, esos que dan los primeros pasos en la fascinante tarea de indagar científicamente la realidad -en nuestro caso, el proceso educativo cual fenómeno singular de la sociedad- es un tema pocas veces encarado detenidamente. Casi nadie habla de esto. Por lo menos de manera explícita; sin ambages; llamando las cosas por su nombre.

Casi todos estos jóvenes llegan al equipo del brazo de una gran utopía: hacer ciencia de manera rigurosa, seria, sistemática, con vistas a aportar al medio, a la sociedad, ¿un saber nuevo, próximo a la verdad?. Pero ¿qué es la verdad? ¿qué es la ciencia? ¿qué significa investigar para un joven graduado en la Argentina de hoy? ¿Cómo hacerlo? ¿Con quién hacerlo?. Conjunto de interrogantes que conmueven tanto al sabio como al aprendiz y le obligan a formular nuevos interrogantes difíciles de responder. La búsqueda constante, con sus tiempos y sus espacios irregulares deja su primer desafío.

“La explotación del ponente” a la que se refiere Umberto Eco ¿ocurre también en el mundo académico donde se investiga de particular manera?

Las condiciones materiales y espirituales que se le ofrecen al joven bisoño, aspirante a investigador, ¿son las que eran?

Con todo y antes de entrar al desarrollo de mis propias ideas sobre el tema quiero decir que me ha impresionado el “Prefacio” de Juan Samaja a su libro *Epistemología y Metodología* cuando se pregunta “¿Qué sentido tiene –para quien está convencido de que a investigar se aprende investigando- dar cursos de metodología o escribir libros sobre el tema?”.

Fundamentos en Humanidades

No cuestiono la utilidad de los manuales sobre los procedimientos o las técnicas que se emplean para medir, registrar o procesar información, en cualquier disciplina específica. Pero la pretensión de enseñar a investigar en general, mediante la transmisión de una supuesta *metodología de la investigación científica*, es problemática; porque además del manejo de las técnicas específicas, pareciera que la capacidad de investigar es producto del estudio sistemático, del talento y de la inspiración creadora, y no de preceptos metodológicos.

En efecto, es muy poco probable que una persona pueda llegar alguna vez a hacer algo relevante en el campo de la ciencia, si no tiene las virtudes del “investigador nato”.

La experiencia social, sin embargo, demuestra que esas virtudes no bastan para que alguien logre llevar adelante “tareas” científicas relevantes. Se necesita, además, que ese potencial se desarrolle a fuerza de práctica, de estudio y aprendizaje de la naturaleza de su quehacer y de análisis reflexivo sobre su propia experiencia.

II

Dicho esto, quiero instalar el aspecto medular de mi intervención sobre tres ejes cuyo detenido desarrollo no voy a realizar en mérito a la naturaleza del trabajo. Son cuestiones ampliamente debatidas. Sin embargo necesito explicitarlas para que sirvan de soporte al tema fundamental: la formación de los cuadros jóvenes .

Esos ejes, dicho escuetamente, son:

1. El marco sociopolítico, pronunciadamente crítico, en el que se desenvuelve el quehacer académico de nuestro país, donde la investigación, la docencia y la extensión de saberes y servicios al medio, sufre el impacto del deterioro de las condiciones de vida de la población en general.
2. El status poco calificado del que goza la investigación científica que se realiza en el complejo campo de las ciencias sociales donde las ciencias de la educación ocupan, no obstante, lugar destacado; la psicología entre ellos.
3. La poca inversión que los organismos de fomento del estado y la empresa privada que tanto bate el parche, destinan a favor de proyectos y programas de investigación de real envergadura para las ciencias sociales en general.

III

En ese marco, nuestros jóvenes -nuestras jóvenes- se incorporan periódicamente a los equipos con renovadas ilusiones.

Proviene, generalmente, de carreras que si bien enfatizan el significado que adquiere para el desarrollo personal y colectivo la tarea de investigar, no pasan de limitados escaños motivados, si acaso, por esa solitaria identidad curricular que llamamos metodología de la investigación; entidad didáctica que opera a duras penas a favor de una rigurosa formación profesional.

¿Cómo se los forma entonces, con tan limitados recursos? Diría que, casi siempre a pulmón, gracias al empeño voluntarista de los docentes investigadores cuya situación material y moral, por decirlo de alguna manera, no es para nada satisfactoria en este momento de la vida universitaria.

Si bien no puedo basarme en resultados de investigación formales, me permito hacer referencia a tres modelos, si cabe llamarles así, con lo que se forma a los jóvenes que se incorporan a la investigación científica, aún en situaciones adversas. Esos modelos son, a mi juicio:

1. Artesanal
2. Autodidáctico
3. Académico formal

Llamo modelo artesanal al aprendizaje que realiza el aprendiz al lado de su maestro, imitando, ejecutando “paso a paso y acabadamente” la tarea indagadora que se le asigna.

Fundamentos en Humanidades

Casi siempre sin mayores cuestionamientos. Identificado con teoría y prácticas de su maestro. Arte y oficio descansan, según este modelo, en el ejercicio sistemático, intenso de la tarea a realizar. La vieja expresión latina de *magister dixit* genera en estos casos una relación signada en el respeto por el superior con todo lo que ello conlleva. Aún ahora, en los bordes del siglo XXI, la formación de muchos jóvenes responde a este modelo clásico. Me atrevo a decir que de origen medieval.

El autodidacta es el que aprende por sí mismo. No tiene maestro. Se ajusta a la lógica del ensayo y el error. Pregunta, busca, lee y relee, maneja libremente su tiempo más que ninguno. El modelo lo construye y lo reconstruye él mismo, con un mínimo de interferencias. Supera la mera empiria con reflexión y confrontación y viceversa. El modelo de formación autodidacta se basa en la autonomía con la que el aprendiz adquiere su oficio. Por principio, desconfía de la verdad, tanto apodíctica cuanto revelada. En la universidad, dada la cantidad de requisitos formales, burocráticos, que impone el sistema educativo argentino, este modelo formativo tiende a surgir de nuevo entre los jóvenes investigadores idealistas que no encuentran quien los dirija. El juego se ha vuelto perverso, porque los mejores resultados suelen ser descalificados si no vienen con la anuencia del patrón. Hay un lenguaje científico que sólo manejan los miembros de la tribu. El autodidacta sufre, también por eso, las consecuencias de su impertinencia.

El modelo que llamo académico es en realidad un modelo escolástico que centra la formación del joven investigador en un farrago de conocimientos teóricos y metodológicos que van de la fascinación al dogma del nuevo discurso. Mucho saber y poco hacer parece ser lo característico de esta formación.

Las metodologías recursivas atravesadas por cierto positivismo residual constituyen el meollo de los planes de formación que deben cursarse, casi siempre, a priori.

Sin exagerar, puede decirse que el resultado de este tipo de formación de los jóvenes investigadores suele ser pretencioso pero elemental. La peor falla estriba en la dificultad que estos “nuevos formados” tienen, tanto para redactar un diseño innovador cuanto para ejecutarlo.

Son hipercríticos y bastante negativos.

Son maestros de la hipótesis y la descalificación. Campeones de la cita bibliográfica que terminan casi siempre pidiendo ayuda a “los pobres viejos; veteranos en la materia”.

Estos modelos si bien no aparecen en estado puro, son modelos operatorios que se identifican con cierta claridad.

La pregunta que me formulo es:

¿Hay posibilidad de “construir” una alternativa superadora que, al integrar elementos vigentes de los modelos indicados, contribuya a formar en mejores condiciones a los jóvenes que se inician en la investigación científica?

Según el estado actual de cosas y sin caer en pesimismo, todo indica que esa construcción descansa más en el aporte personal, voluntarista, cuasi místico, de los equipos, que en la política de las instituciones nacionales. Si como querían nuestros viejos académicos, la universidad debe ser la conciencia crítica de la sociedad, la pedagogía de la pobreza no puede paralizar su accionar; más allá de las descalificaciones y estrecheces interesadas que los grupos de poder –internos y externos- ejecutan sin pudor ♦